

XXIX

INKERMANN

Inkermann ha sido para el segundo Imperio lo que Eylau fué para el primero: una siniestra victoria en tiempo nebuloso y glacial, bajo un cielo sombrío, un día en que aparecen en todo su horror los sufrimientos y las calamidades de la guerra. «Todo se avenía, ha dicho Camilo Rousset, para comunicar al campo de batalla de Inkermann un aspecto lamentable: los hombres y la naturaleza. La niebla se cernía en forma de nubes bajas, mientras que el humo de los cañones rodaba pesadamente sobre la tierra húmeda. En la llanura de Eylau la bruma era también baja; la poca luz que había la reflejaba la nieve, y el suelo blanco era lo que iluminaba el cielo negro: en la meseta de Inkermann todo estaba gris, opaco, lívido, sucio.... Los hombres pisaban un lodo sangriento; y los tambores, humedecidos por la lluvia, no producían más que un sonido ronco y sordo; de manera que el toque de carga no era ya excitante, sino lúgubre.»

El 5 de noviembre de 1854, día de la batalla de Inkermann, los aliados contaban con sesenta y cinco mil hombres en Crimea, cuarenta mil franceses, veinte mil ingleses y cinco mil turcos; mientras que el número de los rusos ascendía á cien mil. Estos últimos, confiando en la superioridad del número y en los recursos de Sebastopol, habían concebido el proyecto de precipitarse sobre los sitiadores y rechazarlos hasta el mar. Sabían que las líneas inglesas, á la derecha de Sebastopol, desde el camino Voronzoff hasta la corriente inferior del Tchernaiá, no estaban defendidas por fuerzas suficientes, y que tendrían grandes probabilidades de éxito si atacaban de improviso la meseta de Inkermann, cortada por barrancos, con muchos repliegues y malezas, y propicia para sorprender al enemigo.

Reanimados por el semi-éxito de Balaclava, los defensores de Sebastopol están llenos de esperanza. El príncipe Menchikoff ha escrito el 30 de octubre al príncipe Paskievitch: «El porvenir conservará recuerdo del ejemplar castigo que acaba de sufrir la presunción de los aliados. El cielo protege visiblemente á la santa Rusia.» Procedentes de San Petersburgo, dos hijos del tsar, los grandes duques Nicolás y Miguel, han hecho su entrada en Sebastopol el 3 de noviembre, en medio de una multitud poseída de entusiasmo, y entonces se resuelve emprender el ataque de las líneas el día 5; pero ninguno de los aliados lo sospecha.

El día 4 ha sido sombrío y muy lluvioso, y durante la noche del 4 al 5 el agua ha seguido cayendo á torrentes. A media noche las campanas de todas las iglesias de Sebastopol han sonado, porque comenzaban las plegarias por los que iban á combatir al día siguiente, y han resonado las aclamaciones de las tropas contestando á las fogosas arengas y á las bendiciones de los sacerdotes. A las tres de la madrugada, los aliados, en sus trincheras de ataque delante de la ciudad, han oído lejanos rumores, gritos, cánticos, estrépito de carros y rechinar de ruedas; pero no se han alarmado, porque saben que los rusos tienen costumbre de rezar día y noche. ¿No resuenan sus campanas y sus cánticos tan á menudo como sus cañones? En cuanto á los carros, ¿no serán los de los hortelanos que abastecen la ciudad?

Los ingleses no temen de modo alguno una sorpresa; la noche se complica con densas nieblas, y la tierra está impregnada de una humedad glacial; pero los charcos de agua serán muy pronto de sangre. La meseta de Inkermann, que ha de ser teatro de tan horribles hecatombes, se halla silenciosa aún, y todo duerme, excepto algunos centinelas que luchan penosamente contra el sueño.

La noche ha terminado, pero sin que se siga el día, á causa de la densidad de la niebla. Habiendo salido de Sebastopol por el arrabal de Karabelnaia, los rusos se aproximan á la meseta de Inkermann. Los ingleses no distinguen al pronto más que el fuego y el humo del cañón y de la fusilería; pero muy pronto se hace evidente que el enemigo, preservado por nubes de tiradores, ha llevado numerosos cañones de grueso calibre á los terrenos altos de la izquierda y enfrente de la 2.^a división inglesa; mientras que fuertes columnas de infantería atacan la brigada de los guardias al mando del duque de Cambridge. Los rusos acaban de poner en posición noventa cañones, y protegidas por un fuego terrible, sus columnas avanzan con numerosas fuerzas. Las tropas inglesas necesitan gran heroísmo para poder continuar la resistencia.

En la extremidad de sus líneas, sobre la meseta de Inkermann, los ingleses habían levantado una obra defensiva designada con el nombre de *Batería de los sacos de tierra*, y ésta fué el principal teatro de la lucha.

Jamás se habrá visto refriega más sangrienta; y llegada la noche, el general Bosquet, deteniéndose en aquel punto, exclamará ante un montón de cadáveres: «¡Qué matadero!» Por eso la *Batería de los sacos de tierra* se designará en lo sucesivo con el nombre de *Batería del Matadero*.

El general Bosquet será el héroe de Inkermann. Desde la aurora, al oír el primer rumor del fuego de fusilería, sin dar á los hombres ni siquiera tiempo para tomar un bocado, pone en pie el cuerpo de observación francés, cuyos campamentos se hallan en la meseta meridional del monte Sapoune. Después se dirige él mismo hacia el Molino, donde, habiendo encontrado á los dos generales ingleses Brown y Cathcart, les ofrece el concurso de sus tropas; pero éstos le han contestado: «Nuestras reservas son suficientes para atender á las eventualidades; tan sólo deseamos que protejáis nuestra derecha detrás del atrinchera-

miento inglés.» El general Bosquet queda persuadido de que sus aliados presumen de sus fuerzas más de lo debido, y se verán obligados muy pronto á llamar á los franceses en su auxilio. En su consecuencia, sin perder un minuto, reúne dos batallones, uno del 6.º de línea y el otro del 7.º de ligeros, á las órdenes del general Bourbaki; los sitúa en posición á la derecha del Molino, cerca de un pueblecillo llamado reducto de Canrobert, y les ordena que estén preparados para marchar á la primera señal.

En aquel instante otro cañoneo se agrega al de Inkermann: es que el general Gortchakoff, desembocando de Tchernun al frente de sus tropas, hace una diversión en el valle de Balaclava. El general Bosquet, de vuelta á su campamento del Telégrafo, y comprendiendo que esta diversión no tendrá importancia, dice á un ayudante de campo de lord Raglan: «Id á Inkermann; allí es donde ocurrirá todo.»

Con su raro golpe de vista, el general Bosquet, ese admirable hombre de guerra, parece adivinar los acontecimientos. Ya se acerca la hora en que las tropas francesas deben tomar parte en la batalla. Los ingleses, rendidos de fatiga, se han mostrado heroicos, pero agotando sus fuerzas: el general Strangways acaba de caer sin vida junto á lord Raglan, y el general Canrobert, que ha ido á Inkermann, después de dar sus órdenes á las fuerzas sitiadoras, acaba de ser herido en el brazo por un casco de metralla. Así como en la batalla de Alma, ordena que le apliquen un vendaje en el sitio, y marcha á reunirse con lord Raglan, que escribirá más tarde en su informe del día: «Tengo la satisfacción de poder decir altamente cuánto estimo el precioso concurso que me ha prestado el comandante en jefe, general Canrobert, que estaba personalmente en el terreno y siempre en comunicación conmigo. Nunca podré elogiar bastante su cordial cooperación en todas circunstancias.»

Son cerca de las nueve: un ayudante de campo de lord Raglan, el coronel Steel, llega á galope tendido al Telégrafo, donde encuentra al general Bosquet y le dice: «Los ingleses se ven agobiados; no se ha de perder un minuto si se quiere recobrar lo perdido. — Id á decir á mis aliados, contesta el general, que los franceses llegarán á la carrera.»

Pocos instantes después, los ingleses oyen los clarines de la infantería francesa, y de pronto aparecen los dos batallones del 6.º de línea y del 7.º de ligeros, que avanzan con cuatro compañías de cazadores y dos baterías montadas. El general Bosquet se reúne con estas tropas en el momento de entrar en línea. Apenas los ingleses divisan los pantalones rojos destacándose sobre los tintes grises del horizonte, aplauden y gritan: *¡Hurrah for the french!* (¡Hurrah por los franceses!) Estos no cuentan aún más que con mil seiscientos cincuenta hombres, poco más ó menos el efectivo de una brigada inglesa; pero su carga heroica produce la mayor impresión. Muy pronto les llegan como refuerzo dos batallones del 3.º de zuavos, dos del 50 de línea, uno de tiradores argelinos y una batería montada. Lo zuavos, como lo dirá el general Bosquet en su informe,

«maniobran con esa inteligencia y esa bravura á toda prueba que no ceden aunque se vean un momento cercados por el enemigo. Los tiradores argelinos, al mando del coronel de Wimpffen, á quien matan el caballo, «saltan entre las malezas como tigres.» El batallón del 6.º de línea venga la muerte heroica del coronel de Camers, y se recobra la *Batería de los sacos de tierra* después de encarnizados asaltos. Muchos soldados rusos, acorralados en la extremidad de la estribación que termina á pico sobre el Tchernaiá, son precipitados desde lo alto de aquel muro natural y caen mortalmente heridos ó muertos cerca del acueducto y del río. «Después de la paz, ha escrito el general Fay, recorriamos todos aquellos puntos ignorados ó mal conocidos de nosotros, y al bajar al pie de esas alturas vimos con profunda tristeza osamentas acumuladas en las anfractuosidades de las rocas. Hasta allí se habían arrastrado sin duda todos aquellos que no pudieron ser socorridos y á quienes faltó la fuerza suficiente para ganar la opuesta orilla. Cuando se dió la batalla los rusos tenían víveres para cuatro días, y no era difícil representarse las terribles escenas que debieron ocurrir en aquellas reuniones de heridos, donde los más válidos, como sucede con los naufragos, debieron prolongar su existencia con los víveres de los muertos, y tal vez por la violencia, á expensas de los que, respirando aún, no podían defenderse ya.»

Volvamos á la batalla; son las once, y evidentemente está ganada por los aliados; mas el cañoneo continúa aún con la misma persistencia. Al general Bosquet, que se halla cerca de la *Batería de los sacos de tierra*, le mata el caballo una bala de cañón.

La diversión efectuada por el general Timofeief, que ha salido de Sebastopol, pasando cerca del baluarte de la Cuarentena, para caer sobre las trincheras francesas, no ha tenido buen éxito, habiendo sido rechazado el general hacia la plaza; pero desgraciadamente los franceses, dejándose llevar demasiado lejos, han debido retroceder á su vez, y en la retirada ha sido muerto uno de sus más intrépidos jefes, el general de Lourmel.

Aquella terrible jornada toca por fin á su término. «En el momento de apagarse el último fuego ruso, dirá el general Bosquet en su informe, he mandado llevar á la eminencia una batería divisionaria, apoyada por dos batallones, la cual ha podido barrer con su metralla y sus balas los puentes de Inkermann por donde pasaban en el mayor desorden las tropas rusas, á las cuales hemos tenido el gusto de ver huir completamente derrotadas. Pero esta derrota estaba protegida por los pantanos de Inkermann, que por desgracia no hemos podido atravesar, sin lo cual habríamos alcanzado un magnífico fin de jornada. Doy gracias á los generales d'Autemarre y Bourbaki, que tan valerosamente han conducido sus tropas, y al coronel Cissey, mi jefe de Estado mayor, que me ha secundado con el mayor celo. Quisiera poder citar á todos los valientes que tan bien han combatido en Inkermann; pero esto sería citar á todo el mundo.»

Llegada la noche, los soldados del general Bosquet se presentan para tomar

su primer alimento del día. Allí están todos en el teatro de la lucha, en medio de los muertos y moribundos, alrededor de la *Batería del Matadero*, puesto que así se ha de llamar en lo sucesivo la *Batería de los sacos de tierra*. Escuchemos á uno de los asistentes, al general Fay, entonces capitán y ayudante de campo del general Bosquet:

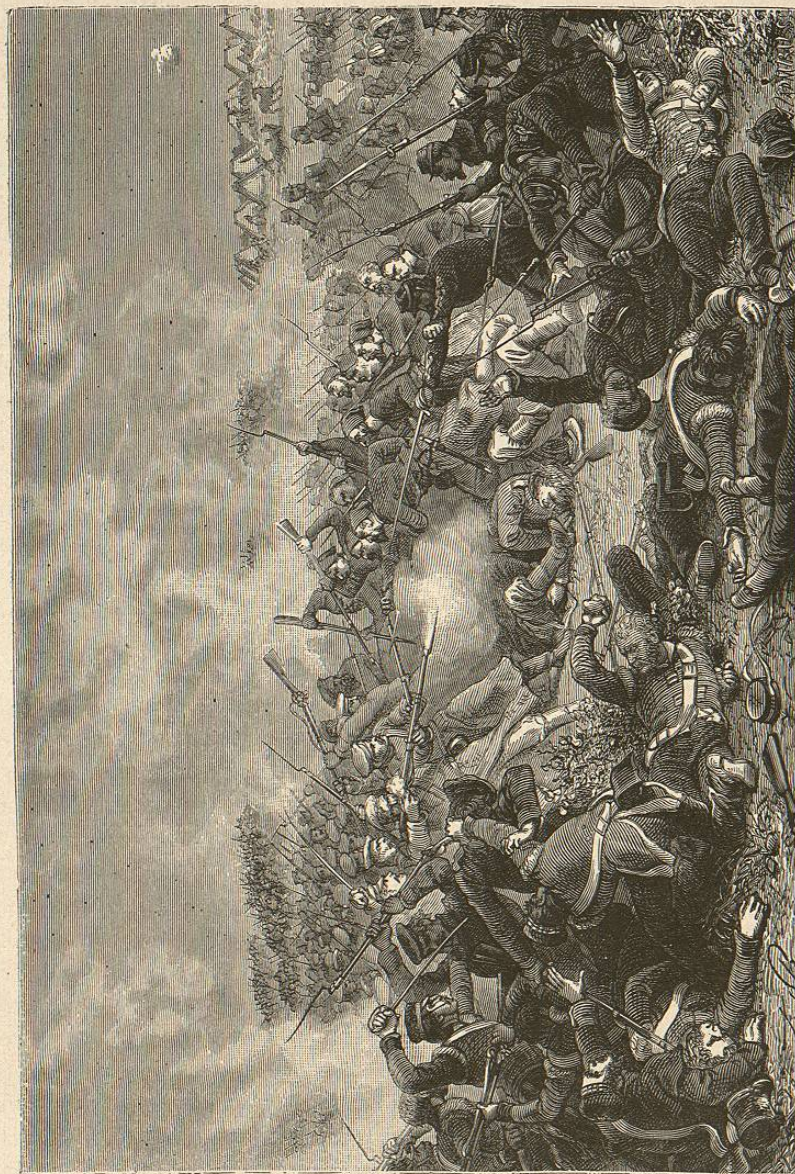
«Contemplábamos con tristeza, desde lo alto del parapeto de la batería, en que nos habíamos sentado, aquellas figuras varoniles sobrecogidas por la muerte en el momento de la acción, las unas rompiendo todavía el cartucho, las otras suspendiéndose de las troneras, casi todas sin cólera en el rostro y con las facciones tranquilas como en el sueño. Estos, por lo menos, habían muerto ya; pero ¡qué padecimientos serían los de los heridos después de la batalla!»

No hubo armisticio; y como los tiradores enemigos hacían fuego desde la otra orilla del Tchernaiá contra los que estaban encargados de las inhumaciones, no se pudo ir á buscar á los muertos y heridos en la extremidad de cada posición. «¡Se levantaron heridos aun al cabo de ocho días, añade el general Fay; y qué horas de padecimientos para aquellos infelices!... Fueron amontonados en tiendas, para languidecer algunas veces una semana ó más antes de que nadie pudiera ocuparse de ellos. Si no morían durante aquellas largas horas de padecer, se les conducía al fin al campamento de la ambulancia de la 2.^a división francesa, á la tienda donde se practicaban las operaciones, y cuyo solo recuerdo hace estremecer.... Sin embargo, á veces, en medio de tantas escenas tristes, hallábase de nuevo el buen humor en aquellos valerosos soldados, así como la alegría, que libran de la nostalgia á nuestros ejércitos franceses.

»Decídme, Mayor, ¿será preciso hacer aquí cola como en el teatro de la Puerta de San Martín?, preguntaba al doctor un zuavo, que esperaba tranquilamente, con la pipa en la boca, á que le llegase la vez, y á quien, sin embargo, se debía cortar una pierna. Causa risa y llanto al mismo tiempo oír estas sencillas y heroicas palabras de un hijo de París.»

Dado el número de tropas que tomaron parte en la lucha, pocas batallas fueron tan sangrientas como aquella jornada de Inkermann, justamente llamada un «huracán de combate.» Los ocho mil doscientos franceses que se habían batido en la meseta tuvieron setecientos noventa y tres muertos ó heridos; los ingleses, cuyas fuerzas disponibles tomaron toda parte en la batalla, excepto dos brigadas, la de sitio y la que había permanecido en Balaclava, perdieron dos mil ochocientos diez y seis hombres; y en cuanto á los rusos, de los treinta y cuatro mil que entraron en fuego contáronse dos mil novecientos ochenta y ocho muertos y seis mil ciento cincuenta y un heridos. A su fúnebre estadística debían agregarse mil ochocientos noventa hombres desaparecidos, no desertores, ni tampoco prisioneros, sino infelices soldados que caían desde las alturas que dominan el valle del Tchernaiá, y cuyos esqueletos se encontrarán, después de la paz, blanqueados por el sol y lavados por la lluvia.

Terminemos este relato con dos cartas del general Bosquet: «7 noviembre



Batalla de Inkermann

de 1854. Mi salud es excelente, querida madre; nada puede contra ella la fatiga, y es porque de vez en cuando se me alegra un poco el corazón. Anteayer, 5 de noviembre, derroté á los rusos en una batalla cerca de Inkermann, obligándoles á huir al galope más allá de los puentes del Tchernaiá. Al día siguiente el duque de Cambridge estaba en mi tienda, dándome gracias por haber salvado el resto de sus guardias, que sufrieron muchas pérdidas aquel día. Lord Raglan, que no tiene más que un brazo, me decía hoy, ofreciéndome su única mano, que quisiera tener varias para estrechar las mías. Proseguimos una de las empresas más temerarias que se han intentado desde el tiempo de las Cruzadas; pero es por la buena causa. Podéis orar todos por nosotros, y Dios nos ayudará; tenga entera fe en ello.»

«Diciembre 1854. Querida madre: he aquí mi aguinaldo; este año los rusos y el emperador me han ayudado á preparárete: es una estrella de gran oficial de la Legión de Honor, que acabo de recibir, y que coloco en tu chal con ayuda de Ana, como lo hacíamos en otro tiempo, según recordarás, con mi collar de comendador..... ¡Qué buenos soldados son estos chicos, á quienes conduje el 5 contra los batallones rusos! ¡Qué corazón, qué espíritu, qué destreza! Les basta una señal para comprender y herir.»

XXX

EL FIN DE 1854

El 21 de noviembre de 1854 el emperador escribió desde el palacio de Saint-Cloud al general Canrobert: «General: vuestro informe sobre la victoria de Inkermann me ha conmovido profundamente. Expresad en mi nombre al ejército toda mi satisfacción por el valor que ha desplegado, por su energía para soportar las fatigas y privaciones y por su afectuosa cordialidad con sus aliados. Dad gracias á los generales, á los oficiales y á las tropas por su valerosa conducta; decidles que deploro sinceramente sus males, así como las crueles pérdidas que han sufrido, y que mi más constante solicitud será dulcificar su amargura.»

La carta de Napoleón III terminaba así: «Si Europa ha visto sin temor á nuestras águilas, largo tiempo desterradas, desplegar ahora su vuelo tan majestuosamente, es porque sabe muy bien que combatimos tan sólo por su independencia. Si Francia ha recobrado el lugar que le corresponde, y si la victoria ha venido de nuevo á favorecer nuestras banderas, esto se debe, lo declaro con orgullo, al patriotismo y á la indomable bravura del ejército.»

El 22 de noviembre se hacían salvas en los Inválidos para anunciar la victoria de Inkermann.

En París no se veía entonces más que el lado bueno de la guerra, su aspecto brillante y caballeresco; se pasaban en silencio sus horrores y olvidábanse los torrentes de sangre derramada, sin tener en cuenta más que vagamente los terribles padecimientos sufridos por las tropas. Al escribir á las familias, los oficiales y soldados atenuaban la gravedad del mal para no afligirlas, y por otra parte, la tendencia de los ánimos era optimista. El ejército se consideraba dichoso porque había ascensos, los diplomáticos se enorgullecían por la importancia que la nación tomaba; los contratistas hacían grandes fortunas, y el comercio y la industria se aprovechaban de la guerra. En 1854, cuando se sacaba en la quinta un número bajo, todos los jóvenes acomodados que no tenían vocación por las armas buscaban su stituto sin que nadie pensara en censurarlos. El sentimiento democrático no estaba aún bastante desarrollado para que el privilegio de los ricos de sustraerse á la contribución de sangre suscitara protestas. Como la guerra de Crimea no era causa de sufrimientos más que para una minoría y se libraba en una región remota, no era motivo de alarma para los intereses de una